

Editorial

¿Sociedad líquida o realidad etérea? Los desafíos de vivir en la incertidumbre

Muchos pensadores han definido a nuestro mundo actual como líquido. Siguiendo la visión del sociólogo Zygmunt Bauman, el término describe el estado fluido, cambiante y volátil de la sociedad contemporánea: una realidad en la que las estructuras sólidas —valores, instituciones, vínculos sociales— se han debilitado, arrastradas por una modernidad cada vez más acelerada. En este escenario, la incertidumbre se instala como la norma, y la peor consecuencia, según Bauman, es el auge del individualismo, acompañado de una creciente renuncia al humanismo que, paradójicamente, hoy se hace más urgente que nunca.

Este concepto, acuñado en el año 2000, ha sido ampliamente utilizado en las últimas décadas para describir una "realidad líquida", donde todo —relaciones, identidades, instituciones y hasta la verdad— parece adoptar la forma del recipiente que lo contiene, al igual que el agua. Este fenómeno genera inseguridad en las personas, que perciben un entorno inestable, cambiante y carente de certezas.

Sin embargo, pareciera que en la actualidad hemos ido incluso más allá de esa sociedad líquida: nos enfrentamos a una realidad etérea, casi inmaterial, donde los procesos sociales y culturales son tan volátiles que se disuelven antes de consolidarse. Ya no hablamos solo de estructuras cambiantes, sino de fenómenos que parecen no tener peso ni arraigo: como las noticias que se difunden —y se olvidan— en cuestión de segundos; como las opiniones que se viralizan y desaparecen al ritmo de los algoritmos. La fugacidad de todo hace más difícil construir sentido y pertenencia.

¿Cómo enfrentarnos entonces a estos tiempos? ¿Cómo construir certezas en medio de la bruma? ¿Qué tipo de certezas necesitamos —económicas, políticas, éticas, afectivas— para vivir con mayor dignidad y estabilidad?

Vivimos entre realidades superpuestas: la física y la virtual, que a ratos se nutren mutuamente, pero también pueden colisionar. La tecnología, por ejemplo, permite terapias para superar traumas o generar redes de apoyo; pero también es usada para crear retos virales que dañan la integridad de niños y adolescentes, o para propagar desinformación desde cuentas anónimas o sitios que simulan ser medios tradicionales con fines poco claros, cuando no abiertamente maliciosos.

Y sin embargo, esta es la época que nos ha tocado habitar. Como en cualquier otro momento de la historia, tenemos desafíos individuales y colectivos, locales y globales. ¿Por dónde comenzar? Tal vez, por lo más simple: reencontrán-

donos con lo esencial. Redefinir lo que queremos ser como individuos, como comunidad y como país. Reconstruir vínculos, aunque sean virtuales o con nuestros vecinos. Reinstalar la conversación como herramienta política, la escucha como acto revolucionario y la comunidad como motor de cambio.

La globalización ha permitido que la información y las ideas circulen a una velocidad impresionante. Pero al mismo tiempo, y con igual fuerza, se ha instalado la glocalización: un fenómeno que reconoce que, aunque estemos expuestos a los mismos estímulos globales, las personas reaccionan y los adaptan desde su realidad local. Así, mientras escuchamos la misma música que en Nueva York o Tokio, seguimos comiendo empanadas con pebre y tomando Coca-Cola los domingos en familia.

Esto refleja una paradoja fundamental: mientras más globales somos, más necesidad tenemos de afirmarnos en lo local. Las dinámicas económicas, culturales y sociales son hoy profundamente interdependientes, pero eso no significa que las soluciones puedan copiarse y pegarse sin más. Las políticas públicas, los programas sociales, incluso las campañas comunicacionales, deben responder a la realidad concreta de cada territorio. No se puede aplicar la misma receta en todos lados sin considerar las diferencias culturales, climáticas, económicas o sociales.

Lo anterior no es solo un desafío para los gobiernos, sino también para los medios de comunicación locales, que tenemos la responsabilidad de traducir y contextualizar lo global en nuestras comunidades. No basta con replicar titulares internacionales o nacionales; debemos preguntarnos cómo lo que ocurre en el mundo afecta —o no— a quienes viven aquí, en nuestra región, en nuestro barrio.

Ese es también el desafío de quienes aspiran a liderar espacios públicos, desde el municipio hasta el Congreso: comprender que una medida puede tener sentido en el papel, pero fracasar en su aplicación si no se adapta al territorio. Lo contrario nos lleva a errores tan básicos como el del ejecutivo de una multitienda que, desde Santiago, no logra entender por qué los paraguas no se venden en Arica, por más que estén en oferta.

En definitiva, si la sociedad es líquida, o incluso etérea, necesitamos anclas. Y esas anclas no vendrán de arriba ni de afuera, sino desde nuestras propias comunidades. Es ahí, en lo cotidiano, donde aún es posible construir certezas compartidas y futuro común.